

trabajar en una tapicería empezada y colocada en un cestillo de labor.

Diego iba á decirle: «Y tú ¿no almuerzas?»; pero echó una mirada sobre sí mismo y tuvo vergüenza de preguntárselo.

Estaba á mitad de almorzar, cuando Julia se levantó y le dijo:

—Voy á prepararte la ropa para que te vistas: baja cuando quieras.

—Mr. Blanfort no respondió: desde que salió su esposa empezó á comer con mucha mayor confianza: tenía hambre.

Así que acabó, bajó á su cuarto y se puso á vestir.

En aquel aposento habia señales evidentes de la presencia de Julia: allí se veía el peinador que se ponía á levantarse: en otro lado, sus botitas negras, que parecían de niña: más léjos, el tocador que contenía los peines con que alisaba sus hermosos cabellos rubios.

Cuando Diego estuvo vestido, Julia abrió un cajón de su secreter, en cuyo fondo aparecieron dos monedas de á cinco francos.

—Toma lo que quieras, dijo con voz suave: es todo lo que tengo: esta mañana me las prestó una amiga, pero llévatelas si te hacen falta.

Diego se ocultó el rostro con las manos y huyó desfavorido del aposento.

Cuando ya bajaba la escalera, oyó á Julia que le decía:

—Vuelve cuando quieras, amigo mío: no saldré de casa.

LIBRO CUARTO.

I.

EL MUSEO DE PINTURAS.

El magnífico peristilo del Museo de Pinturas, situado en el Louvre, estaba lleno de lacayos, que tenían á la vista sus carruajes parados al pié de la gran escalera que precede á la puerta principal.

Era un hermoso día de primavera y las cuatro de la tarde: sin cesar llegaban más carruajes, de los que salían elegantes damas y gallardos caballeros, que subían rápidamente la escalera y entraban en el Museo con cierta ansiedad acelerada, poco comun en esas gentes, que hacen alarde de ser indiferentes á todo. Llegaban también muchos carruajes de alquiler, conduciendo á personas de la clase media: de éstos salían jóvenes que no cedían en belleza y gracia á las aristocráticas damas de los magníficos carruajes propios, pero cuya mirada era más modesta y cuya sonrisa era mucho más apacible.

Los criados habían formado diferentes grupos.

A un lado se hallaban reunidos los lacayos de la aris-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tocracia, con sus soberbias libreas y sus enormes pelucas, lanzando sarcasmos sobre los cocheros de alquiler, y sobre los carruajes y caballos que conducian.

Estos formaban sociedad aparte y colmaban de dictorios, en voz baja, á los aristocráticos é hinchados servidores.

Procederémos tambien por órden de categorías, para no alterar la marcha social, querido lector, y nos aproximaremos á los lacayos de las suntuosas libreas.

—¿Qué! ¿está aquí tu amo tambien, Pedro? preguntó uno de los que hablaban á un lacayo grueso y colorado que, con otro compañero suyo, acababa de bajar de la trasera de una soberbia berlina verde.

—¿Pues no ha de estar? respondió el interpelado; ¿deja él de ver alguna novedad?

—Nuestros amos están todos locos con ese dichoso cuadro, añadió un cazador cubierto de bordados.

—Lo que es el Sr. Vizconde no viene ya por ver el cuadro, repuso Pedro con mal humor, sino porque viene su maldecida actriz, que nos cuesta más viajes... y más fatigas...

—¿Quién? ¿Mlle. Emma?

—¡Bravo! ¡Está enterado Juan! exclamaron en coro todos los lacayos.

—¿Por qué decís eso?

—Pues, tonto, ¿no sabes que la que manda hoy, así en el Sr. Vizconde como en mi amo y en algunos otros, es Mlle. Natalia?

—¿Quién? ¿La española?

—La misma.

—¿Ese sargenton de la Gaité?

—La misma.

—Pero ¿qué mérito le hallan? ¡Si ya está cerca de los treinta! Al ménos Mlle. Emma y otras de sus compañeras son jóvenes y bonitas.

—Pero son muy afeminadas, y lo que cautiva en Natalia es su aire varonil y su...

—Y que lleva mantilla.

—Y que galopa en el bosque de Bolonia todas las tardes como una condenada.

—Y que tira al florete y á la pistola.

—Y que es en extremo desvergonzada.

—Basta, estoy convencido de que tiene muchos encantos, dijo Juan, porque para nuestros amos, cuanto más sin vergüenza es una mujer, tanto más mérito le encuentran.

—Y eso que hay muchas así.

—¡Ya lo creo! sobre todo en esa profesion; pero Mlle. Blanfort es un prodigio de impudor y de descaro.

—Pero ¿cómo sabéis... interrogó cándidamente Juan, mirando embobado á los compañeros.

—¿Que cómo sabemos? exclamó Pedro con una carcajada: ¡de la manera más sencilla! ¡Nuestros amos no se guardan para nada de nosotros! ¡Somos sus confidentes y hablan cuanto les ocurre en nuestra presencia!

En aquél instante llegaron varios carruajes al pié del peristilo: algunos eran propios, otros de alquiler: de uno de estos últimos bajaron dos jóvenes, aunque de diferente edad: de otro de los lujosos se apeó una mujer alta, de regulares carnes, muy morena, y cuyo semblan-

te atrevido y varonil estaba alumbrado por dos grandes y fogosos ojos negros.

Aquella mujer vestía con gran esplendidez: su traje de seda estaba guarnecido de ricos volantes de encaje negro; una mantilla, también de encaje, dejaba ver dos bandas de cabellos negros y lustrosos, y acusaba, tanto como sus ojos, su origen español: llevaba ricos guantes, y al bajar de su coche levantó tanto la falda de su traje, que mostró un pié muy pequeño para su estatura, y la entrada de una pierna robusta y bien torneada.

Todos los caballeros que salían del Museo y algunos que iban á entrar se detuvieron á mirar á aquella mujer, que tenía para ellos ese atractivo que ejercen las españolas sobre los franceses, ó mejor dicho, sobre los hombres de todas las naciones del mundo, por su airoso porte y su gracia natural.

La de aquella mujer era provocativa y descocada, por decirlo así; pero había en ella tanta vida, tanta resolución y gallardía, era tan elevada su estatura, tan redondas y voluptuosas sus formas, tan ardiente su mirada y tan pequeño su pié, que todos, incluso los lacayos, se quedaron contemplándola como embelesados.

— Ahí tenéis á Mlle. Blanfort, dijo Pedro á sus compañeros.

— ¡Soberbio bocado! murmuró uno.

— ¡Ya lo creo! tiene un no sé qué arrebatador...

— Justamente; ese no sé qué es el que arrebató al público de la Gaité, que la aplaude á rabiar, no obstante ser sólo una actriz muy mediana.

— ¡Ah! ¿con que vale poco?

— ¡Como actriz, poquísimos! Pero tiene una alma y una cosa que arrebató, como dice Pedro.

— ¡Mira, mira! se acerca á esas pobretonas que han bajado de ese carruaje de alquiler!

— ¡Es verdad!

En efecto; las dos jóvenes que habían bajado del fiacre eran Clemencia y Adelina, y Natalia se había acercado para ver á su hermana.

— ¡Ah, pícara, ingrata! le dijo; ¡al fin te vuelvo á ver!

Adelina, atemorizada, retrocedió hasta ponerse al lado de Clemencia, quien al observar que ni aún con la cabeza la saludaba la actriz, se había retirado algunos pasos.

— Vamos, prosiguió Natalia besando á su hermana en la frente, ¡no tengas miedo! ¿Quieres vivir con Julia? ¡sea enhorabuena! Ahora ya me importa ménos, porque se ha hecho mujer á la moda.

— ¿Verdad que sí? exclamó Adelina con entusiasmo y acercándose á su hermana. ¡Oh, todos lo dicen, y aseguran que ese cuadro suyo, que ha comprado el Gobierno, es sublime, magnífico, incomparable, ¡y toda esta gente viene á verlo, ¿es verdad?

— Es cierto: hé aquí por qué te digo que ya es una mujer á la moda.

— Perdóneme V., señorita, dijo Mme. Merval acercándose: yo creo que Mme. Blanfort es algo más que una mujer á la moda.

— ¿De veras, señora? preguntó Natalia mirando de un modo muy desdeñoso á aquella joven, á quien reco-

noció por la vecina de la buhardilla de enfrente. ¿Qué cosa más bella se puede ser en este mundo que mujer de moda, es decir, mujer obsequiada, halagada por todos y envidiada por todas?

— Es mucho más hermoso ser mujer de talento; créalo V., señora.

— ¡Ah! ya; V. habla así, porque se dedica á escribir, á hacer novelas : nunca tendrá V. un cuarto : en mi país todos los literatos son pobres : á todas las escritoras se les burlan... Jamas tendrá V. un cuarto, se lo repito. Cervántes, que era el mejor literato de mi país, segun dicen, murió de hambre.

Al acabar de pronunciar Natalia estas palabras, vió bajar de un lujoso cabriolé á un jóven de elegante y graciosa figura.

Este vió tambien á Natalia y se dirigió á ella.

La actriz besó de nuevo en la frente á su jóven hermana, saludó á Mme. Merval con su gesto desdeñoso, y se volvió hácia el caballero del cabriolé.

— ¿Cuántas veces quieres ver el cuadro de mi cuñada, querido Marqués? preguntó Natalia.

— ¡Mil veces, todos los dias si pudiera! respondió el interpelado con un entusiasmo indecible. ¡Es divino, arrebatador! Dime, ¿es jóven su autora?

— Veintitres años.

— ¿Y es bonita?

— Dicen que sí; mi hermano cuando la amaba la encontraba divina.

— ¿Y no la ama ya?

— Ni pizca, respondió Natalia asiendo entre sus blan-

cos dientes el extremo de la uña de su pulgar, con un gesto de desenfado, pero que no carecia de gracia.

— De modo que ella tendrá un amante, dijo el Marqués preocupado.

— ¿Ella? ¿Amantes Julia?

— ¡Ah! ¿Se llama Julia? ¡Qué delicioso nombre!

— No tiene ni ha tenido más amores que con mi hermano.

— Pero ¿no dices que éste ya no la ama?

— No sólo no la ama, sino que la ha hecho sufrir todos los martirios imaginables, desde prohibirle que pintase hasta dejarla padecer hambre, y lo que es más, hasta pegarle. ¡Si es tonta de remate!

— ¡Tonta la que ha pintado ese cuadro! ¡Ay, Natalia, no sabes lo que dices! En fin, quiero que me presentes á esa divina tonta.

— ¡Imposible, amigo mio, imposible!

— ¿Por qué?

— Estamos así... medio torcidas; no tenemos el mismo modo de ver las cosas. Luégo, tengo una hermanita á la que ella quiere para sí, para hacerla rezar como ella, y coser como ella, y acaso pintar como ella, y de la que yo queria hacer una actriz.

— ¿Como tú? preguntó el Marqués con ironía.

— Sí, como yo, ó mejor; pero como al mismo tiempo no quiero contrariar la voluntad de la niña, y ella se inclina ahora á Julia, se la he dejado; lo que no quiere decir que esté nada contenta ni con una ni con otra. Pero ¿no vas adentro?

— No : tengo que esperar aquí á un amigo... dijo el

Marqués, que aunque cenaba muchas noches en casa de Natalia, no quería que le viesan con ella en un sitio público.

—Pues adios, dijo la actriz : voy á ver esa maravilla, obra de Julia : luégo nos encontraremos.

—Hasta luégo.

Natalia le alargó la mano, que él tomó mirando con recelo en derredor suyo, y que soltó lo más pronto que pudo.

La actriz entró en el Museo : el Marqués se quedó en el peristilo, decidido á no entrar en el salon donde se hallaba el cuadro, hasta que la actriz hubiera salido de él, para no exponerse á soportar delante de testigos su ruidosa conversacion y sus alardes de intimididad.

Natalia se halló bien pronto ante el cuadro de Julia, que á la sazón, lo mismo que durante los tres dias que estaba expuesto, era contemplado por una multitud de personas lujosamente ataviadas.

La novedad del dia, la novedad palpitante, era el cuadro de Julia Rivas, del que se habia ocupado la prensa entera con entusiasmo, y que habia adquirido el Gobierno por una cantidad muy respetable, de su propietario, que era un oscuro comerciante llamado Mr. Picard.

Sin embargo, Julia sólo habia cobrado por él tres mil francos; dos mil adelantados y que su enfermedad habia consumido, y mil al entregarlo, de los cuales debia quinientos : con los otros quinientos tenia que vivir hasta que concluyese un nuevo trabajo, que debia ser muy lento á causa del estado de debilidad en que se hallaban su pulso y su vista.

El cuadro era tan maravillosamente bello, que los más profanos se detenian extasiados delante de él.

Representaba, segun he dicho ya, *El Egoismo*, ese odioso defecto que tanto habia hecho sufrir á la pobre Julia.

La figura principal era un hombre grueso, sentado ante una mesa opíparamente servida, bajo un cenador entoldado de pámpanos : á lo léjos se descubria el mar agitado por una espantosa borrasca : dos barcas pescadoras luchaban con el furor de las olas : las figuras de los pescadores, aunque pequeñas, retrataban la agonía de la situacion con la más horrible verdad : uno elevaba las manos al cielo; otro, arrodillado sobre la barca, miraba con una especie de indolencia dolorosa el cadáver de un compañero suyo, muerto de un golpe que brotaba sangre en su sien, y que sin duda habia recibido en uno de los vaivenes de la barca ; otros se asian á las velas con la energía de la desesperacion.

Entre tanto, el egoista comia bajo el delicioso cenador entoldado de hiedra y pámpanos : á sus piés, y mirándole, habia un perrillo flaco y triste, que parecia implorar con angustia un poco de pan.

A la derecha del gloton, y sentada en un escaño, una mujer jóven, hermosa y delicada, sostenia con profundo dolor á un niño tendido en su regazo y que parecia muy enfermo : en las facciones de aquella mujer habia una expresion sublime de pena exaltada y de reprimida indignacion : en el modo con que rodeaban sus brazos el cuerpo de la criatura se adivinaba el amor maternal, al mismo tiempo que en la expresion de sus negros ojos,

que clavaba con amargura en el gloton, se veía á la esposa ultrajada en lo más sagrado, en su propio hijo, cuyas dolencias no quitaban á su padre el apetito.

Detras del asiento de la jóven, una aldeana de edad madura, con los ojos dilatados y el semblante cubierto con las sombras del terror, miraba el naufragio de los marineros; mas para advertir que tambien el estado del niño causaba mucha parte de su pena, tenía asida con una expresion admirable de suave é íntima ternura una mano del infantil enfermo.

La figura de éste era la más notable del cuadro: parecia tener de cinco á seis años: sus formas participaban de la morbidez de esos amorcillos de los cuadros mitológicos y del vigor de los niños romanos; pero á traves de los restos de una hermosura que debia haber sido fuerte y enérgica, se veía correr la muerte por sus venas.

Junto á la madre habia una cuna; el niño se hallaba en el regazo de su madre, medio envuelto en las ropas del pequeño lecho, del que sin duda le habia sacado, llevada de una ánsia indescriptible.

En aquel cuadro, de gran tamaño, estaban representados con la más rara energía los sentimientos más opuestos: el terror parecia haber encerrado en sus dominios á los desventurados náufragos.

La desesperacion estaba representada por la jóven madre.

La ternura ineficaz é inútil en la aldeana; el sufrimiento y la inocencia en el niño; la humildad en el perro, y el egoismo, el helado y cruel egoismo, en el

hombre que comia y que miraba con una especie de placer sórdido y brutal un pedazo de ave que tenia asido con su tenedor, olvidándose de que en torno suyo sólo imperaban el espanto y la muerte.

Los espectadores dejaban escapar exclamaciones de asombro ante el cuadro.

— ¡Qué expresion en las figuras! decia uno.

— ¡Qué colorido! exclamaba otro.

— ¡Qué ropajes!

— ¡Qué filosofía en la composicion!

Clemencia y Adelina escuchaban todo esto; á cada exclamacion volvia la niña hácia su amiga su lindo rostro radiante de alegría, como diciendo: « ¡Tienen razon! »

Una vez, al volverse, palideció y se estremeció con tal violencia, que Mme. Merval lo notó y se volvió tambien asombrada.

Un jóven alto y pálido, de fisonomía noble y distinguida, estaba detras de Adelina: ésta, pasado el primer movimiento de sorpresa, le alargó la mano con cordialidad.

— Buenas tardes, señor de Montalvan, le dijo: ya deseaba ver á V. y me alegro mucho de encontrarle aquí. ¡Como V. no quiere venir á verme á casa de mi hermano! Eso no es justo, pues ya sabe V. que éramos muy amigos en casa de Natalia.

— Iré, señorita, respondió él, saludando con la cabeza y con profundo respeto á Clemencia.

— Es D. Rafael de Montalvan, dijo Adelina, presentándole á la escritora: pintor español é hijo del maestro de Julia.

Mme. Merval saludó á su vez.

— Yo le veía, continuó Adelina, en casa de Natalia; ésta le conoció en casa de esa señorita tan rica que le consiguió su ajuste, y que es prima del señor de Montalvan, y le ofreció su casa, con lo que este caballero se hizo muy amigo suyo, y mio tambien.

Rafael elogió el cuadro con palabras generales y se despidió, siguiéndole Adelina con una mirada triste.

Poco despues las dos jóvenes volvian á tomar su fiacre y se dirigian á sus casas.

Adelina, triste y preocupada, no pronunció una palabra en todo el camino.

II.

LUGARES SOMBRÍOS.

Por la noche de aquel dia, que abria al fin para Julia de par en par las puertas del templo de la inmortalidad, un hombre alto, flaco y vestido con un miserable traje negro entraba en casa de Amanda, ya condesa de Montalvan por el suicidio de su padre.

Los criados le conocian sin duda, porque, á pesar de su miserable aspecto, le dejaron pasar hasta uno de los salones de recibo, y el que le había introducido fué á avisar á su señora.

Esta tardó poco en salir; vestia de luto riguroso, y su fealdad hubiera parecido entónces á Julia lo que su maestro decia en su carta póstuma: digna de un monstruo.

Tenía las mejillas hundidas y hundidos los ojos, los labios descoloridos, y habia enflaquecido de un modo espantoso.

La catástrofe que puso fin á la vida de su padre, el repentino desfalco de su fortuna, de la que, como ya sabemos, habia tenido que devolver dos millones á don Fernando Azagra, y sobre todo, el constante desden de